

PASION FELINA

Casandra Blue

PASION FELINA



Capítulo 1

El cabello leonado de la muchacha refulgía con el sol de la tarde. Sus pies descalzos apenas sentían ya el dolor por las pequeñas piedrecillas y las hierbas secas del suelo de la sabana. Tenía que correr, correr, correr. Sentía las zancadas del felino cada vez más cerca, más cerca.

El jeep en el que viajaba con sus compañeros había volcado ante la embestida de varios búfalos y tan sólo ella había conseguido salir de debajo antes de que se incendiara. Había perdido las botas y el vestido se había hecho jirones.

Su melena flotaba al viento, el calor era insoportable, las gotas de sudor perlaban su piel. Tenía que seguir corriendo aun sabiendo que en breve iba a ser devorada por el enorme león que la perseguía.

Estaba a punto de llegar hasta la sombra de un acacia tortilis, cuando sus fuerzas le fallaron y cayó todo lo larga que era sobre el suelo arcilloso. El corazón parecía querer salirse del pecho. El vestido blanco, sucio de polvo y rasgado, mojado por el sudor, se pegaba a su cuerpo transparentando su bronceada piel.

Desirée se quedó quieta, exhausta. El león se detuvo al llegar hasta ella, sentía su aliento sobre sus pies, sobre sus piernas desnudas. La muchacha cerró los ojos. La larga melena leonada le caía por los hombros y descendía por su espalda hasta casi llegar a su cintura. El león emitió un fuerte rugido y empezó a girar a su alrededor hasta que su cabeza estuvo frente a la de Desirée. La joven, con la cabeza apoyada en el suelo se atrevió a abrir los ojos, sin mover ni un sólo músculo de su cuerpo. No comprendía cómo no se había convertido ya en la cena del animal.

Unos ojos grandes, y claros, como la miel, la escrutaban, recorrían su cuerpo palmo a palmo. Desirée volvió a cerrarlos angustiada. "Está pensando por dónde empezar a comerme. Aunque... igual acaba de merendarse un búfalo y ya no tiene hambre"

El felino husmeó su cuerpo pasando la cabeza sobre su espalda. El pelaje de su melena fue rozando su piel. El león dio la vuelta y se colocó detrás

de ella para lamerle los pies. Unos fuertes lametones.

"Ya se ha decidido, va a empezar por los pies" pensó Desirée, angustiada.

La lengua del animal continuó por sus piernas hasta llegar a sus glúteos. Empezó de nuevo a olisquearla. Desirée no sabía qué hacer, sentía el húmedo hocico del felino sobre sus muslos. Estaba temblando de pánico. Uno de los colmillos del león se enganchó en la tira de su tanga y al levantar la cabeza lo arrancó, dejando sus nalgas al aire.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Desirée al sentir la húmeda lengua del animal deslizarse desde su vulva hasta su ano, una y otra vez— que este bicho me ha confundido con una leona en celo, joder, a ver qué hago... mejor me doy la vuelta...

Poco a poco fue girando las caderas bajo los lametones del felino que lubricaban su entrepierna levantando el vestido hasta la cintura. Por fin consiguió quedarse boca arriba y empezó a arrastrarse, reculando, para alejarse de él. El león se detuvo y alzó la cabeza para mirarla fijamente. Los ojos color arena mojada se posaron en los azules de ella.

Desirée alargó la mano hasta posarla sobre su hocico.

—Quieto, animalito, quieto —consiguió murmurar.

La fiera ladeó la cabeza y estiró la enorme zarpa hasta ella enganchando el vestido con la uña y rasgándolo. El pecho palpitante de la muchacha quedó al descubierto.

—¡Ah! —gritó asustada.

Se miró el escote, un pequeño arañazo en su piel había dejado un hilillo de sangre. Unió con ambas manos los jirones del vestido para tapar su desnudez. El león dio dos pasos colocándose a horcajadas sobre ella. La larga melena rozaba su pubis, su vientre, sus senos. De nuevo bajó la cabeza para pasar su hocico por su piel y lamerla desde la vulva hasta las aureolas de su pecho.

"Madre mía, pues no me está poniendo a cien, este bicho con sus lametones y sus roces. Esto me recuerda a la bella y la bestia, o a King Kong. ¡La virgen! Y ahora... ¿qué hago?"

Volvió a arrastrarse intentando llegar hasta el tronco de la acacia cuando de pronto, una serpiente se deslizó desde una de las ramas y zigzagueó sobre sus cabezas.

—¡Una mamba negra, joder! — exclamó Desirée que en un movimiento veloz se deslizó entre las patas del león— aquí estaré a salvo... de momento.

El felino alzó la cabeza. La serpiente abrió la boca exhibiendo la negrura de su garganta. Con una rapidez increíble en dos zarpazos certeros el ofidio voló por los aires hasta aterrizar en unos matorrales lejanos.

Desirée observó boquiabierta la escena desde debajo de las fauces del león. "Uff, por los pelos" Despacio salió de debajo y consiguió incorporarse. Se arregló como pudo los jirones del polvoriento vestido y, de pronto, un rugido la obligó a agarrarse a la melena del león buscando protección. Un gran leopardo había aparecido ante ellos.

El león levantó la cabeza observándole fijamente con sus ojos color miel. El leopardo dio dos pasos lentos acercándose, parecían dos contendientes en el lejano oeste, midiendo sus fuerzas con aquella mirada color canela. La piel moteada del leopardo brillaba en tonos dorados con los últimos rayos de sol.

De repente se detuvo y emitió un rugido. La muchacha se aferró con fuerza al cuello de la fiera y otro rugido descomunal, que retumbó en toda la sabana, salió de la garganta del león como respuesta.

—Eso, grita más fuerte, que tu eres el rey de la selva —animó Desirée que casi se queda sorda ante tal estruendo.

El leopardo metió el rabo entre las piernas, giró sobre si mismo reconociendo la superioridad del león y se alejó.

—¡Eres el mejor, se ha ido! —exclamó la muchacha abrazada a su melena.

Su mirada se dirigió aterrorizada al suelo. Dos escorpiones correteaban sigilosos en su dirección.

—¡Joder, joder, joder! —de un salto subió a lomos del felino— aquí una no está a salvo ni en el suelo.

Desirée se agarró fuertemente al cuello del león, sus brazos estaban casi ocultos por la melena del animal que se dejó cabalgar sin oponer resistencia. Dio un par de zancadas y enseguida se puso a correr, cada vez más deprisa.

La muchacha, a horcajadas sobre él, se dejó llevar. Una sensación inefable de libertad salvaje la envolvió. Su larga melena leonada se confundía con la del felino y flotaba al viento. Escondió la cabeza en su cuello y escuchó el latido de su corazón, tan fuerte, tan vibrante. Podía sentir bajo su pecho cada milímetro de su musculatura robusta y vigorosa moverse con precisión. Con el vestido rasgado estaba piel con piel con el animal. El roce del pelaje con su pubis la excitaban enormemente. Su vientre cabalgaba a lomos de aquella fiera salvaje de la que escapaba hacía unos minutos y a la que ahora se aferraba para sobrevivir. Sus senos se dejaban caer sobre su espalda uniéndose a ella, notó la erección en sus pezones y le abrazó con más fuerza. Sus piernas hacían presión para no caerse. Empezaba a dolerle el roce del pelaje sobre su vulva pero era tal la excitación que sentía que no le importaba lo más mínimo.

El sol se estaba poniendo en la sabana y la tierra tenía un tono anaranjado y cálido.

El león fue aminorando la marcha hasta detenerse al lado de una gruta excavada en la montaña. Agachó la cabeza y entró en ella, dio un par de vueltas y se tumbó en el suelo de piedra.

Desirée se quedó por unos momentos sin saber qué hacer, seguía a horcajadas sobre el león. Muy despacio deslizó una de sus piernas hacia el mismo lado que la otra y con un pequeño salto bajó al suelo. Sus pies desnudos notaron la humedad de la piedra. Allí dentro no hacía tanto calor. Fuera, tan solo la luna iluminaba la noche. Se acercó a la entrada de la gruta, el cielo tenía millones de estrellas pero una gran cantidad de sonidos extraños y amenazadores la hicieron volver hacia dentro. Sus ojos azules se clavaron en los de color miel del león, que emitió un débil rugido moviendo la cabeza.

La muchacha se mordió los labios. La luz de la luna iluminaba su figura, sus cabellos revueltos cayendo sobre los hombros, la curva de sus caderas casi desnudas, los senos voluptuosos entre los jirones del vestido roto, el vientre terso, el pubis rasurado y enrojecido. El león parecía contemplarla con deleite entornando los ojos. Poco a poco se acercó a él, estaba exhausta. Se acurrucó a su lado, ya no sentía miedo, necesitaba que la protegiese de tanto bicho y tantos peligros.

El león apoyó su zarpa sobre el pecho desnudo de la joven, el roce de su pelaje en su espalda y en sus nalgas la hizo vibrar de nuevo. ¿Cómo se sentiría una leona? Había visto tantos documentales sobre los leones...

El felino rozó su cabello con el hocico. Ella se giró hacia él y metió la mano en su melena.

"Ay, Dios, cuando cuente esto en la oficina no se lo van a creer, van a flipar en colores" pensó Desirée mientras estiraba los brazos hacia atrás, mostrando al león la turgencia y exuberancia de sus pechos. La zarpa del león bajó hasta sus caderas y su lengua empezó a lamerla tiernamente, despacio, una y otra vez. Sus pezones se erizaron de nuevo con la tibieza de su humedad, su vientre se arqueó. El león fue bajando hasta su vulva, su clítoris, endureciéndolo hasta límites insospechados, subiendo a raudales la pasión sexual en un torrente de flujo que se derramó en la entrepierna de la muchacha, llevando el éxtasis hasta su culminación. Un fuerte orgasmo la sacudió de los pies a la cabeza.

Desirée abrió los ojos arrobada y sonrió. Se incorporó quedando sentada y tomó entre sus manos la cabeza del león para mirarle a los ojos.

—¡Qué bello eres! Sólo me faltaba enamorarme de ti, a ver cómo hago para mandarte whatsapps o agregarte al facebook...

El león levantó las patas delanteras y bostezó abriendo tanto las fauces que la cabeza de la muchacha podría haber desaparecido de un sólo mordisco.

—Yo también tengo sueño —añadió la joven, tumbándose en el suelo y apoyando la cabeza en uno de sus brazos— lástima que... sin almohada, bueno una de tus zarpas tan mulliditas me servirá.

Pero el felino no parecía tener sueño, se levantó del suelo y rodeó a la

muchacha, el aire de la cueva estaba impregnado de olor a sexo, de olor a hembra.

Desirée contuvo la respiración al sentir el cuerpo del león sobre ella rozando con el pelaje su espalda, las patas delanteras estiradas, colocadas a la altura de su cintura. Lo había visto muchas veces en los documentales cuando se apareaban. ¡Pero ahora la leona era ella!

Las fauces de la fiera agarraron entre sus colmillos la melena de la muchacha, mientras sus patas traseras se pegaban a sus nalgas. El corazón de la muchacha latía aceleradamente. Los penes de los felinos tienen unas pequeñas espinas de un milímetro que rozan al vagina de la hembra.

"¡Ay Dios, me va a hacer daño!" pensó rápidamente notando el falo del felino buscando y restregándose por su vulva "Esto si que no se lo van a creer mis amigas, pero... bueno... una experiencia más. A ver cómo se lo explico a mi ginecólogo"

—¡Oooh, joder, joder, joder! — exclamó la muchacha al sentir la verga del macho penetrando en su vagina. Un placer brutal la envolvió abandonando su cuerpo al empuje de la bestia que se adentraba una vez, dos, con movimientos contundentes y fuertes. Estaba totalmente aprisionada entre sus patas, con la cabeza del felino sobre la suya agarrando y tirando de sus cabellos con las fauces y su vientre pegado a las nalgas transmitiendo los movimientos compulsivos del apareamiento, apretando y friccionando sus glúteos. El dolor que producían las pequeñas espinas de su pene presionando sobre las paredes de la vagina exacerbaban aún más la excitación, el placer bestial. Los testículos de la fiera golpeaban su clítoris inflamándolo.

El felino paró unos instantes para seguir con tres fuertes embestidas y soltar sus cabellos para rugir. El cuerpo de Desirée se contorsionó con un fuerte espasmo. Un sollozo de dolor y placer escapó de su garganta. Un orgasmo feroz y salvaje explotó en cada célula de su piel. El león empujó de nuevo y una sucesión de espasmos convulsionaron el cuerpo de la muchacha agitándolo en contracciones sin control hasta dejarla inconsciente.

Unos besos en el cuello y en la boca la hicieron volver en sí.

—Me encanta llegar del trabajo y encontrarte echando la siesta en el sofá
—escuchó susurrándole al oído.

Desirée entreabrió los ojos y ,asombrada, miró a Pablo, su novio, que estaba sobre ella.

—¿Y el león?

Pablo giró la cabeza hacia la tele y se echó a reír.

—Ja ja, ahí lo tienes. Siempre te quedas dormida con los documentales de la dos.

La muchacha volvió los ojos y... allí estaba su león, apareándose con una leona. Su mano se deslizó hasta su tanga, estaba totalmente empapada.

La mirada de Pablo se desvió hacia le entrepierna de la muchacha.

—¡Vaya , vaya! ¿qué escondes por aquí? —dijo metiendo la mano bajo el tanga y palpando la humedad— bueno, bueno, esto está diciendo ¡Cómeme!

La boca de Pablo se perdió entre los voluptuosos senos de la joven que asomaban por la blusa. La acabó de desabrochar y bajó con sus labios por su vientre, arrastrando el tanga piernas abajo con los dientes. Desirée se estiró en el sofá .

—Mmmm. —murmuró excitada, metiendo los dedos en los mechones negros de su novio, mientras él succionaba sus erizados pezones.

Pablo se levantó, se quitó la ropa y la dejó sobre la mesa, al lado de dos billetes de avión para Tanzania. Se tumbó sobre su novia y la penetró con

pasión y vehemencia.

Desirée cerró los ojos. Allí estaba la mirada cálida, color miel de su león, escrutándola, embistiéndola con su miembro de espinas, haciéndola estallar de placer. y ahora podía escuchar su voz.

—Me enloquece poseerte, princesa, siempre eres mía.

FIN